

EL SENTIDO MISIONAL EN SAN GREGORIO MAGNO*

Paola Corti Badía

La *conversión* es fundamentalmente una adhesión del pensamiento, un viraje de la conciencia y el espíritu, en que se acepta un nuevo centro en torno al cual gira, de una forma completamente nueva y superada, el ser y la vida del hombre. Dicha conversión ha sido encomendada expresamente a la Iglesia, constituyéndose así en su misión fundamental: "Id y haced discípulos míos de todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"¹. Al insertarse en la Historia, esta vocación universal de la Iglesia alcanzará su máxima expresión en la conversión del mundo pagano. Bajo este principio, toman forma durante la Edad Media las misiones que llevarán el cristianismo fuera de las fronteras de la hasta entonces cristiandad, permitiendo que ingresen a ella numerosos pueblos. Godos y francos; anglos, sajones y celtas; eslavos y normandos, se hacen partícipes de la Historia Cristiana Universal gracias a las misiones medievales.

La acción de convertir, esta misión esencial de la Iglesia, al ingresar al plano de la historia adquiere, sin embargo, dimensiones nuevas que le otorgan diversidad y riqueza. En primer lugar, ella aparece ligada a un necesario proceso de *expansión* del cristianismo más allá de sus fronteras originales; esa expansión supone para la Iglesia la *incorporación* de nuevos pueblos y con ellos nuevos horizontes espirituales que, por encarnarse en un tiempo y espacio, hacen que esa expansión se constituya también en acción histórica. Por otra parte, supone este movimiento de parte de la Iglesia una labor de *conquista*, espiritual por cierto, pero que desde allí se proyecta a todos los ámbitos de la cultura. El mandato divino de "ganar almas" a la fe cristiana supondrá, históricamente, *conquistar* al hombre en todos sus planos y expresiones, conquistar su antiguo mundo histórico —lenguaje, costumbres, símbolos, creencias y creaciones—, para transformarlo, orientarlo y superarlo, a través de, como dice Ozanam, el imperio de las inteligencias y las voluntades, de la conquista de las *conciencias*. Ella se funda, por sobre todo, en el individuo, y

*En homenaje a don Héctor Herrera Cajas, querido profesor e insigne maestro. Este artículo corresponde a un tema presentado en el IV Coloquio de Estudios Medievales, en julio del año 1998, en la Universidad del Bío-Bío, Chillán.

¹Sn. Mt., 28, 19; también en Mc. 16, 15-16: *Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura: el que crea y sea bautizado se salvará; pero el que no crea, se condenará.*

depende no de las armas creadas por el hombre, sino de las virtudes inundadas por la *gratia*. La grandeza de esta conquista espiritual reside en que gana a los hombres para integrarlos a un imperio superior, el imperio de la *Pax Christiana*.

La *misión* de la Iglesia de convertir a las naciones, y la misma *conversion*, al ingresar al plano de la historia podemos decir entonces que sufre una transformación con respecto a su arquetipo original, ya que debe adaptarse a las condiciones que la Historia, y los hombres que la viven, le imponen. Es por esto que decimos que, históricamente, la misión de la Iglesia se disloca, sale de su lugar y ámbito original para proyectarse en diversas dimensiones y niveles, tan variados como lo es la misma diversidad humana. Es por esto que hacemos la diferencia entre *conversion* y *crisianización*, correspondiendo esta última al mundo que rodea la conversión de los paganos, que la Iglesia va lentamente modelando: el cambio de las costumbres, el nuevo sentido de las fiestas, el simbolismo litúrgico, la santificación de los antiguos templos y la consagración de los nuevos, creando un espacio distinto; el culto a las reliquias, la lenta apropiación de la lengua latina, el surgimiento de comunidades monásticas cercanas a la población; el nuevo rito del tiempo, tiempo litúrgico y ya no cósmico; van familiarizando a estos hombres con lo cristiano, es decir, van *crisianizando* su mundo, transformándolo lento pero profundamente hasta llegar a crear un mundo exterior en completa *comunion* con el *cambio interior* que exige su conversión. Esta crisianización, sin duda, ayuda a la conversión —que por ser un cambio interior radical, es necesariamente individual y de lento avance—, preparando el mundo que rodea al hombre, afinando sus virtudes y desterrando sus errores.

Crisianización y conversión establecen así una reciprocidad fundamental en que mundo exterior y mundo interior se nutren mutuamente para lograr dar forma a un hombre verdaderamente cristiano. Resulta paradójico ver cómo la Iglesia, no perteneciendo a ninguna civilización y no estando adscrita a lo temporal, debe ejercer su misión en el tiempo y, por lo tanto, valerse para ello de elementos que pertenecen a la Historia y la civilización. Así, por ejemplo, la lengua, costumbres, organización, son todas cosas que en esencia no le pertenecen, pero a las cuales recurre en virtud de lograr la conversión y la unidad de los pueblos que a ella pertenecen. La Iglesia pasa, entonces, a ser portadora de civilización porque los hombres que la componen son hijos de creaciones y mundos históricos que constituyen su heredad, de los cuales no pueden desligarse; con ello enfrenta, entonces, la misión. Así, la Iglesia ha heredado de la cultura antigua la lengua y el estudio, a través de lo cual expresa el dogma; el mismo monje posee una formación cultural que se arraiga en el conocimiento antiguo, a pesar que su formación es sólo eclesialística, porque esa Iglesia ha nacido en el mundo antiguo. "La Iglesia que amó a los bárbaros hasta el punto de morir por ellos y a manos de ellos, no se desprendió, sin embargo, de la civilización antigua, que conservó reanimando sus ruinas"². Prueba de ello es la figura de Gregorio Magno, cuyo sentido de la organización eclesialística y del ejercicio del Papado es herencia, al menos en gran parte, del sentido práctico romano.

²Ozanan, A.F., *Los orígenes de la civilización cristiana*, editorial Agnus, México (trad. P.C. de Valera), 1946, p. 68.

Al convertir y cristianizar, la Iglesia no sólo lleva *civilización*, sino que más aún, *crea* civilización. Cristianizar, dice Reynold, es civilizar. Quiéralo o no, la Iglesia al predicar el cristianismo e influir sobre la historia de otros hombres, está infundiéndolo en ellos una forma de ver el mundo que se plasmará en una creación histórica; en la forma cómo ellos harán de allí en adelante su propia historia. Éste no es su último propósito, muy por el contrario, diríamos que para la labor esencial de la Iglesia, resulta ser ello accidental, pero es un accidente inevitable, puesto que su acción es sobre los hombres, y los hombres hacen la historia.

El fin último de la Iglesia es realizar la sociedad Universal, la *Respublica Christiana*, pero buscando ese fin, que alcanza su realización más allá de la Historia, la Iglesia, en su acción misionera de conversión, da origen a una sociedad que aspira a esa *respublica christiana*: la *Christianitas*; la forma histórica de ella, fundamento de civilización de los hombres y pueblos que se integran a la Iglesia buscando la otra sociedad. Es esa *Christianitas* la que toma forma con las misiones medievales, a ella se incorporarán los pueblos anglosajones, y es ella también la que esos mismos pueblos ayudarán a consolidar y enriquecer con la *síntesis* propia que hacen del cristianismo mediante su conversión.

* * *

Años difíciles suceden al intento de reconquista y restauración del antiguo imperio Romano impulsada por Justiniano el Grande, y a la amenazante invasión lombarda que le siguió (c.568), renovando ante la vista de los contemporáneos el espectáculo de una barbarie que parecía avanzar sobre Italia sin posible límite. Nadie parece representar y encarnar de modo más sobresaliente que Gregorio Magno, la capacidad de imponer —o al menos concebir—, un *orden*, allí donde éste parecía esfumarse, y de imponerlo sobre fundamentos que heredaban de la antigua política imperial la capacidad práctica y administrativa, la que concentrándose ahora en la sede episcopal de Roma —en la sede pontificia sería más adecuado decir—, le permitía articular un haz de relaciones que, si bien la falta de unidad imperial auguraba la desunión de Occidente —y Bizancio aparecía cada vez más lejana e impedida de colaborar con la defensa del mismo—, en la práctica, edificaba un sutil orden espiritual que, como el profesor Héctor Herrera Cajas acostumbraba a sostener en sus lecciones refiriéndose al caso del orden monástico benedictino, era de algún modo heredero del antiguo orden romano.

San Beda el Venerable dedica en su notable *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* importantes capítulos —especialmente en sus libros I y II—, a la persona de San Gregorio Magno (c. 540-604), poniendo en relieve su abnegada y visionaria labor pastoral³. De sus páginas se intuye, por lo demás, la admiración que el abad de Jarrow sentía por quien fuera el primer monje

³Beda dedica los capítulos 23 al 30 en su primer libro, y el capítulo 1 del segundo, a San Gregorio Magno.

benedictino en llegar al pontificado⁴. La virtud de su devoción (*virtute devotionis*), la mística de su contemplación, así como la nobleza de su formación (*nóbilitas*) y la claridad de sus útiles consejos, son ensalzados por Beda como notas que sostienen la personalidad y la labor del Papa. Especialmente a los ojos del abad anglosajón, Gregorio emerge como el verdadero fundador de la nación inglesa.

Nacido en una tradicional familia romana —su padre, Gordiano, era senador, y su madre, Silvia, era patricia⁵—, Gregorio cursó los estudios de la educación clásica, si damos crédito a su biógrafo, Paulo Diácono, cuando afirma: “*de niño se educó en las disciplinas liberales: gramática, retórica y dialéctica; de modo que, aunque en aquel tiempo florecían en Roma los estudios literarios, sin embargo, ninguno tenía el prestigio de éstos*”, y agrega que “*siendo de corta edad, realizaba ya estudios superiores; se unía a las enseñanzas de los mayores, y si escuchaba algo digno de ser aprendido, no lo entregaba al olvido, sino que lo conservaba con tenaz memoria. Apuraba, ya entonces, en su sediento pecho, los torrentes de la doctrina, los cuales, después de haberlos asimilado en un tiempo proporcionado, salían de su garganta proferidos como dulce miel*”⁶. Recibió, además, una formación jurídica que le valdrá más tarde ser legado (apocrisario)⁷ del Papa Pelagio II en Constantinopla, durante seis años (579-585), y consejero del mismo pontífice durante los dos años siguientes (586-588). A esta formación se unía el hecho de pertenecer a una familia de sólida tradición religiosa que había dado a la Iglesia dos Papas⁸ —Félix III (483-492) y Agapito (535-536)—, y dos santas mujeres —Társila y Emiliana—: su sólida formación eclesiástica le permitirá a la vez realizar una profunda exégesis de las Sagradas Escrituras e iluminar a sus contemporáneos con numerosos y valiosos escritos y sermones, entre los que se cuentan 40 homilias evangélicas y otras 22 sobre Exequiel; 4 Diálogos, una *Moralia in Job*, y la *Regula Pastoralis*⁹. Su espíritu sensible, culto y religioso, quedará plasmado para siempre en la liturgia cristiana con la creación de los *cantos gregorianos* —que al menos la tradición le atribuye— y de la *schola cantorum*, el coro monástico, que desde entonces se eleva como la expresión más sublime de la oración a Dios.

Podemos afirmar que era Gregorio hombre de dos mundos: heredero de una importante tradición cultural romana, de su sentido de la organización y la jurisprudencia, así como del gusto por la vida del mundo público y la administración, condiciones que había demostrado, por lo demás, poseer durante su desempeño como *Praefectus urbis* de Roma (572); se debatía también en él un espíritu impregnado y entusiasmado con la idea del retiro y el abandono monásticos. Esta vocación mística se podía apreciar en él desde temprano, según asegura Paulo Diácono: “*en estos años de adolescencia (en los cuales la edad conduce a una vida mundana) comenzó a dirigirse*

⁴Décaeroux, *Les moines et la civilisation en Occident*, Arthaud, Paris, 1962.

⁵Beda, *H.E.*, II, 1.

⁶*Vita Gregorii*, en *P.L.*, LXXV, 42-43.

⁷Beda, *H.E.*, II, 1.

⁸Paulo Diácono, *Vita Gregorii*, *P.L.*, LXXV, 41; Juan Diácono, *Vita Gregorii*, *P.L.*, LXXV, 63.

⁹Beda, *H.E.*, II, 1, hace una descripción de las obras gregorianas.

con devoción a Dios y a anhelar con todo corazón la patria de la vida celestial"¹⁰; lo mismo afirma Beda al asegurar que para Gregorio "todas las cosas transitorias estaban en último lugar, que él había sido elevado sobre todas las cosas que están sujetas a cambio, y que sólo gustaba de pensar en las cosas celestiales" (*ut nulla nisi caelestia cogitare soleret*)¹¹; esto último lo llevará a refugiarse en la vida monástica, fundando en las tierras familiares de Roma, en el monte Celio (en el *Clivus Scauri*), un monasterio que consagrará a San Andrés y ordenado posiblemente bajo la Regla de San Benito, desde donde unos años más tarde partirá la misión a los anglosajones. Así, "... cambiando repentinamente su hábito secular ingresó a un monasterio, en donde comenzó a vivir en tal gracia de perfección..."¹², a pesar de que su salud era débil, puesto que —como también lo confirma Beda— desde la juventud sufría de grandes dolores en sus entrañas, de la debilidad de su estómago y de dificultad para respirar a causa de las frecuentes fiebres¹³. Su ímpetu monacal lo llevó a fundar otros seis monasterios en sus tierras de Sicilia; de este período también, su amor por la Regla Benedictina, y en especial, por la obra del Santo de Montecasino, que se plasmará en la redacción de la *Vida de San Benito*.

Gregorio, no obstante su vocación monástica, se verá obligado a asumir el pontificado en el año 590. Su nueva labor pastoral producirá en el espíritu del monje una profunda preocupación, como él mismo expresa en una carta a Teoctisa, hermana del emperador bizantino: "he perdido el alto gozo de mi tranquilidad y tengo la impresión de andar disperso interiormente al haber sido elevado externamente. No deseando ni temiendo nada de este mundo, me pareció que estaba como en la cúspide de un alto monte; pero ahora el torbellino de esta prueba me ha derrumbado. Me veo arrastrado por la corriente de los negocios y batido por la tempestad"¹⁴. A esta desilusión inicial se seguirá una labor prolífica y valiosa en la Sede pontificia. Su formación y herencia cultural harán de Gregorio el "hombre providencial" para la Iglesia del siglo VI, pues ejercerá uno de los pontificados más creadores y visionarios de la Historia de la Iglesia, realizando con responsabilidad su *auctoritas* papal, así como también proyectando, en su labor apostólica, el sentido práctico y organizativo que como romano tan arraigado llevaba.

Desde el pontificado, Gregorio realiza su labor procurando establecer un orden cristiano superior, al que se incorporen los distintos pueblos ajenos a la Romanidad. La idea de un "imperio cristiano occidental" lo anima. Es en este contexto que concibe la misión romana a Britania para convertir a los anglosajones. Idea madurada, según Beda, con mucha antelación a su designación como Papa, ya que al parecer, su íntimo deseo habría sido realizarla él mismo. El abad de Jarrow nos refiere que estaba un día Gregorio caminando por el mercado de Roma cuando

¹⁰*Vita Gregorii*, 2 en P.L., 75, col. 42-43.

¹¹Beda, *H. E.*, II, 1.

¹²*Idem*.

¹³*Idem*.

¹⁴*Registrum Epistolarum*, I, 5.

divisa a "unos jóvenes exhibidos para la venta, de blanca piel y cuyos cuerpos y cabellos eran de excelente apariencia y belleza", e inquiriendo sobre su origen, se informa que eran paganos esclavos de Britania. A lo que, impresionado, Gregorio responde: "Ay!, es lamentable que el autor de las tinieblas posea gentes de tan clara belleza y que esos hombres de tal gracia exterior, muestren tener una mente vacía de gracia interior". Luego, preguntó cuál era el nombre de estas gentes. La respuesta fue que eran anglos (*angli*), a lo cual dice: "Bien llamados son, puesto que ambos tienen rostro de ángeles, y es conveniente que tales hombres sean herederos del cielo con los ángeles. ¿Cuál es el nombre de la provincia de la cual habéis traído estos jóvenes? Los mercaderes respondieron que la gente de esa provincia era llamada los de Deira. Bien, dijo, bien llamados son de Deira, siendo arrancados de la 'ira de Dios' ('de ira eruti') y llamados a la misericordia de Cristo. ¿Cuál es nombre del rey de tal provincia?, se le respondió que su nombre era Aella. Entonces Gregorio, jugando a partir de aquel nombre, dice: '¡Alleluia!, la alabanza de Dios, el creador, debe ser cantada en esas partes'¹⁵.

La misión a los anglosajones ya pensada por Gregorio en el 589 —fecha de esta anécdota del mercado romano—, se inserta en un gran proyecto de consolidación de la Iglesia Universal, semejante a aquel planteado por San León Magno a mediados del siglo V. En este sentido, el Papa intentará la conversión de los lombardos arrianos, manteniendo en el ínterin una política de acercamiento mediante una estrecha correspondencia, sobre todo con sus reyes y reinas: y verá con regocijo la reciente conversión al catolicismo de Recaredo, y con él, de todo el reino visigodo. Por el norte, la próspera conversión de Irlanda iniciada por San Patricio y continuada por algunos monjes bretones, verá crecer una iglesia vigorosa y ascética de la mano, sin embargo, de una fuerte influencia del monaquismo oriental. En Britania, en tanto, los pueblos anglosajones llegados en forma tardía —hacia el 450—, permanecen paganos, habiendo prácticamente desterrado la antigua iglesia bretona hacia el continente o a los extremos sudoccidentales de la gran Albión.

Esta misión, que Gregorio no pudo realizar personalmente, pero que constituía su más ansiado deseo —el de ver convertido un pueblo pagano directamente a la fe católica, así como un siglo antes había sucedido con Clodoveo y los francos en Galia—, se constituye en un ejemplo vivo del sentido misional que anima a San Gregorio, pero también de lo que podríamos llamar un *modus misional* que, inaugurado en Britania por el Papa, pasa luego a constituirse en tradición misional de la Iglesia Romana de Occidente en las futuras conversiones.

* * *

A fines de 596, el Pontífice encomienda esta osada tarea a Agustín, del monasterio de San Andrés, que acompañado de otros 40 monjes, arribará a la isla del Thanet, en los dominios de Kent, en

¹⁵Beda. *H.E.*, II, 1.

abril de 597¹⁶, llevando con ellos *"algunos francos por orden del bendito papa Gregorio para ser sus intérpretes; ... enviados a Ethelbert, Agustín le informó que venía de Roma y que le traía muy buenas nuevas las cuales le prometían, que así como le obedeciera, tendría, sin ninguna duda, goces eternos en el cielo y un reino sin fin, con el Dios viviente y verdadero"*¹⁷. La primera misión romana —pensada, ordenada y supervisada por el Papa—, se dirige al reino juto de Kent, donde gobierna Ethelbert, quien ha logrado extender su dominio a todo el resto de la Heptarquía, es decir, los reinos sajones de Essex, Wessex y Sussex; y a los reinos anglos de Mercia, Anglia oriental y Northumbria, recibiendo así el título de *Bretwalda*, por el cual todos los reinos le deben obediencia. Ethelbert ha contraído nupcias con una princesa franca cristiana, Berta, hija de Cariberto de París, quien bajo la condición de poder permanecer en su fe acompañada de un obispo católico, Liudhard, ha aceptado el matrimonio con el rey pagano. Conoce algo, por lo tanto el rey, acerca del cristianismo que viene a predicar Agustín, o, al menos, aquel suena familiar a sus oídos debido a esta primera presencia cristiana en su corte; sin embargo, ha permanecido pagano, a pesar, debemos imaginar, de los intentos de su esposa Berta.

El encuentro entre Agustín y el rey Ethelbert se llevará a cabo unos pocos días después de la llegada de aquél, en la misma isla del Thanet: *"Algunos días después de esto, el rey vino a la isla y, sentado en un espacio abierto, invitó a Agustín con sus compañeros a venir a conversar con él en ese lugar. Porque no podía permitirle, de acuerdo a una antigua superstición, venir ante él dentro de ninguna casa, por miedo a que, si ellos fuesen hábiles en hechicería, pudieran sorpresivamente engañarlo y triunfar sobre él. Pero ellos no llegaron armados con la fuerza del demonio sino con la fortaleza de Dios, portando delante suyo, en vez de estandarte, una cruz de plata y la imagen del Señor Salvador pintada en una tabla, y cantando las letanías, oraban al Señor por su propia salvación eterna como por la de aquellos por quienes y en favor de los cuales habían venido. Y cuando se sentaron, como el rey les mandase, predicaron ante él y toda su comitiva allí presente, la palabra de vida. Él les respondió diciendo: 'las palabras y promesas que nos hacéis son puras; pero, puesto que aún son novedosas e inciertas, no puedo, apresurada e irreflexivamente, consentir en ellas, abandonando aquellas cosas que por tanto tiempo, yo y todo el pueblo de los ingleses, hemos guardado. Mas, puesto que habéis venido hasta aquí desde tan lejos y, según me parece haber entendido, tenéis deseos también de comunicarnos tal conocimiento que creéis es el correcto, bueno y verdadero, procuraremos no causaros problemas: aún más, os recibimos con toda hospitalidad y cuidaremos de dispensaros las cosas que sean necesarias para vuestro mantenimiento. No os prohibimos que mediante vuestra prédica intentéis ganar a la fe de vuestra religión a todos cuantos podáis'. Asignó, por lo tanto, para ellos una casa en la ciudad de Canterbury que era la metrópolis de todos sus dominios y, como lo prometió, se encargó de sus necesidades terrenales y les dio licencia para predicar"*¹⁸.

¹⁶*Ibidem*, I, 23.

¹⁷*Ibidem*, I, 25.

¹⁸*Idem*.

Como afirma Beda, Ethelbert proveerá dentro de la misma Canterbury los terrenos necesarios para que la misión romana se asiente: allí San Agustín se esmera en la refacción de una antigua iglesia romana que consagrará a Cristo Jesús y que pasará a ser sede de los obispos de esa ciudad¹⁹; construirá un monasterio que luego se conocerá como monasterio de San Agustín, al lado del cual el rey —una vez convertido— mandará levantar una iglesia en honor de San Pedro y San Pablo²⁰. Así, bajo la hospitalidad y el apoyo del rey de Kent, se inicia esta misión que rápidamente prosperará. Ethelbert será bautizado en Canterbury, en la fiesta de Pentecostés de 597, generando la rápida cristianización de su reino: "*Pero cuando el mismo rey, entre otros, también creyó y fue bautizado, muchos más comenzaron a acudir en conjunto para escuchar la Palabra, y, renunciando a los ritos de sus antepasados, se incorporaron, puesto que creyeron, a la unidad de la Santa Iglesia de Cristo*"²¹. Así, la prédica afanosa —apoyada en un comienzo en los intérpretes— pero que igualmente no olvidaba de enseñar el *latín*, la lengua de la Iglesia, en el oficio de la misa y en las principales oraciones (latín que unido a la liturgia de Roma, incorporaba a esta nueva nación bautizada a los límites de la Cristiandad); los milagros, que hacían patente a estos pueblos, recién salidos de la edad heroica, el poder del Dios cristiano; la vida de Agustín y sus misioneros, ejemplo vivo de las verdades y virtudes evangélicas predicadas: todo ello hace dar frutos a esta misión romana y va convirtiendo a Kent en el primer reino cristiano de Inglaterra, constituyéndose así en verdadero eje, centro desde el cual se articularán en los años siguientes importantes misiones al resto de la isla.

El siguiente paso para afirmar la misión en Inglaterra, será la consagración de Agustín como arzobispo de los ingleses, por el obispo de Arlés —Virgilius—, en esa ciudad gala, a instancias del Papa Gregorio Magno. De aquí en adelante, toda misión romana estará fundada en la organización episcopal, procurando mantener un estrecho vínculo entre Roma y sus obispos. A ello se debe entonces que en el año 604, Kent cuente con dos sedes episcopales: Canterbury y Rochester, esta última en manos de Justo; y se haya fundado otra en Londres, en el reino de Essex, sede del obispo Melito, quien a instancias de Agustín había llevado la fe a ese reino, en donde Saebert, su rey, aconsejado por Ethelbert, se convierte al cristianismo. Esta organización eclesiástica derivaba de los consejos directos del Papa a su obispo Agustín. Gregorio pretendía que Britania contase con dos sedes arzobispales: Londres y York, esta última en el reino septentrional de Northumbria²², por ello, entonces, enviará el palio a Agustín para que consagre a dos obispos en dichas sedes, las que serían así independientes de Kent. Toda esta organización estaba destinada a otorgar un orden jerárquico y una estabilidad permanente a la naciente iglesia inglesa. Se unía a ello el cuidado puesto por el Papa de enviar como misioneros a monjes, en especial benedictinos, estableciendo así, en conjunto con este orden episcopal, un orden monástico fundado en la Regla de San Benito que arraigará profundamente en Inglaterra.

¹⁹*Ibidem*, I, 33.

²⁰*Ibidem*.

²¹*Ibidem*, I, 26.

²²*Ibidem*, I, 29.

Para Gregorio, la unidad entre la naciente iglesia anglosajona y Roma era de vital importancia. Esta unión era signo, a la vez que garantía, de la universalidad de la Iglesia, de su unidad católica extendida por los vínculos superiores de la fe. En este sentido el Papa será cuidadoso de mantener una estrecha comunicación con los miembros de esa parte de la cristiandad, contacto que se vea animado por el pontífice mediante un nutrido intercambio epistolar. Gran número de correspondencia circuló entre Roma y Kent. No solamente los obispos, y especialmente San Agustín, se beneficiaron de los sabios y ponderados consejos de Gregorio; también lo hicieron los distintos reyes y reinas que de este modo se veían animados por el Sumo Pontífice a prosperar en su conversión y en la de su pueblo, y a la vez, elevados a la dignidad de hijos predilectos de la Roma pontifical. Un bello ejemplo lo constituyen las epístolas dirigidas por el Papa al rey de Kent, con motivo de su conversión: "al más glorioso y digno hijo, Ethelbert, rey de los ingleses, de Gregorio, obispo. (...) Ohi noble hijo, trabaja diligentemente para conservar la gracia que has recibido de Dios, procura con rapidez divulgar la fe de Cristo al pueblo a ti sujeto, acrecienta el celo de tu rectitud en su conversión..."²².

Sin embargo, lo que más sobresale del sentido misional de San Gregorio es el modo prudente y medido que aconseja a San Agustín en relación a las costumbres y hábitos del mundo pagano y de los límites de su cristianización, inaugurando, como ya afirmamos, un *modus missionalis* que desde entonces va a caracterizar a las misiones romanas en Occidente. El testimonio más evidente de ello lo recogemos de una carta enviada a Melito, futuro obispo de Londres, que acudía a Inglaterra con un grupo de monjes para apoyar la misión de Agustín, el 18 de julio del año 601, y cuya importancia amerita su transcripción completa:

"Al dilectísimo hijo Melito, abad: Gregorio, siervo de los siervos de Dios".

"Después de vuestra partida y la de la compañía que está contigo, nos ha afectado una gran inquietud de pensamiento porque sucede que no hemos oído nada de la prosperidad de vuestro viaje".

"Cuando Dios Todopoderoso os lleve hasta nuestro venerado hermano Agustín, obispo, decidle lo que por largo tiempo he estado meditando, a causa de los ingleses: esto es, a saber, que los templos de los ídolos de aquellas gentes no deben ser destruidos, sólo los ídolos que en ellos se encuentran; que con agua bendita se rocíen y bendigan los mismos templos, que sean construidos los altares y depositadas las reliquias; porque si los mencionados templos (fana) están bien construidos, es necesario que ellos vean cambiado su antiguo culto a los demonios por el servicio al verdadero Dios; que mientras el pueblo no vea sus templos destruidos, más fácilmente podrá deponer el error de su corazón y ser movido con mayor prontitud, al frecuentar sus lugares acostumbrados, al conocimiento y adoración del verdadero Dios. Y, puesto que suelen matar muchos buenos en sacrificio a los demonios, se debe también en ello de algún modo cambiar el sentido de la solemnidad; que en los días consagrados o en el nacimiento de los Santos

²² *Ibidem*, I, 32.

Mártires, cuyas reliquias han sido allí depositadas, hagan altares (tabernacula) con ramas de árboles cerca de los templos transformados ahora en iglesias, y que celebren solennes ceremonias religiosas; y que no inmolen más animales al demonio, sino que los sacrifiquen en alabanza a Dios; y den gracias al Dador de todas las cosas por su abundancia; ya que mientras algunos beneficios externos (exterius gaudia) les son conservados, más rápidamente podrán ser llevados a aceptar los beneficios interiores (interiora gaudia). Porque es, sin duda, imposible arrancar a la vez, de mentes tan rudas, todos los malos usos; viendo también que aquel que se esfuerza por escalar una cumbre, lo hace paso a paso y no a saltos. De este modo, al pueblo de Israel, estando en Egipto, el Señor se les hizo presente; pero sin embargo, se reservó la costumbre de los sacrificios (que solían ofrecer al demonio) para su propio culto, exigiéndoles le inmolasen los animales en sacrificio a Él; a modo que mudando el corazón perudiesen una cosa en el sacrificio, mas retuviesen otra: esto es, que los animales que antes ofrecían según su costumbre, fueran inmolados al Dios verdadero y no a los ídolos, de modo que los sacrificios ya no eran los mismos de antes. Estas son las cosas que considero necesario en vuestro amor digáis a nuestro hermano, con el propósito que al estar él allí pueda sopesar (perpendat) de qué modo todo ello debe dispensarse. Que Dios os guarde mi dilectísimo hijo”.

“Dada el día 18 de Julio, el décimo noveno año del imperio de nuestro Señor Mauricio Tiberio, el más piadoso Augusto, el décimo octavo año después del consulado del mismo señor, en la cuarta indicción”²⁴.

Vemos cómo Gregorio, con profunda sensibilidad y sabiduría, y comprendiendo lo arraigado que las tradiciones debían de estar en el alma de este pueblo germano, dispone como vía de misión el recurrir a las mismas costumbres antiguas, el conservar las primitivas formas sagradas, pero dotándolas de un nuevo sentido. Se trata pues, de contar con la apertura de espíritu suficiente para ver que lo esencial es la adaptación —como recuerda Thomas Ohm citando a Thomas de Jesús—, “a lo natural y al entendimiento de aquellos que se esfuerzan por convertir”. La *mesura* se impone, entonces, como el medio para atraer las gentes a la fe, es necesario un equilibrio entre las antiguas formas religiosas y la nueva verdad cristiana: no será necesario derribar los templos y desterrar los ritos antiguos porque el cristianismo es capaz de asumirlos otorgándoles un nuevo sentido, una santificación, una sublimación. Hay un reconocimiento a una *piEDAD natural* que, a los ojos de Gregorio, debe ser reorientada, despojada de sus errores, pero conservada en su valor religioso. Las reliquias de los Santos Mártires consagran así un antiguo espacio, lo santifican. Los antiguos dioses pasan a ser *demonios*, mientras que el culto de los santos va congregando a los nuevos cristianos en torno a un vértice nuevo. De aquí la preocupación del Papa, por ejemplo, de enviar a esta nueva iglesia reliquias y ornamentos que se constituyen en objetos de culto para los convertidos, que, si bien podían —a veces fácil y precipitadamente— abrazar la nueva religión, mucho más lenta y dificultosamente abandonaban sus antiguas costumbres. Gregorio reconoce la

²⁴*Ibidem*, I. 30.

disposición religiosa original en estos pueblos paganos; la comprensión de este principio lo lleva a consagrar, a redimir, no sólo los antiguos lugares, sino también los antiguos tiempos de culto y sacrificio —las fiestas— en un intento caritativo de salvar ese mundo anterior; un ejemplo de ello será la mantención para el día de Pascua de Resurrección del nombre sajón *Easter*, en vez del hebreo *Pascha*, que recoge la antigua festividad religiosa celebrada en primavera, durante el cuarto mes sajón, en honor a *Eostre*, la diosa de la aurora que simbolizaba el paso de las tinieblas invernales a la luz primaveral; es decir, que a la antigua aurora se impone ahora la nueva Aurora de Cristo, su Resurrección, el paso de la Muerte a la Vida Eterna. De este modo vemos cómo el cristianismo viene a sublimar y santificar las realidades previas.

Tal como lo afirma el Papa, esta opción misional no se debió a la improvisación sino a la reflexión meditada, situación que se nos hace evidente cuando contrastamos este consejo al obispo de Canterbury, con aquel que daba pocas semanas antes —el 22 de junio— al rey Ethelbert: “...*tú mismo muéstrate en contra del culto de los ídolos, derriba sus templos, incita a la virtud en las costumbres de tus súbditos mediante la pureza de tu vida...*”²⁵. La medida contenida en los consejos de la *Epístola a Melito*, encuentra su fundamento en otro documento, escrito varios años antes (591-592); se trata de la *Regula Pastoralis*, dirigida a Juan, obispo de Ravena; en ella Gregorio establece el modo en que el pastor debe exhortar a los fieles y la prudencia y medida que debe emplear según la naturaleza de aquel a quien es dirigida la exhortación. En el *Prólogo* del libro III resuenan palabras cuyo eco escucharemos después en Inglaterra: “*Pues, como ya enseñé mucho antes que nosotros Gregorio Nacianceno —de venerable memoria—, no es conveniente una misma exhortación para todos, puesto que no todos están sujetos al mismo modo de vida. Porque, con frecuencia, lo que aprovecha a uno, perjudica a otros. Y así, generalmente, las hierbas que alimentan a unos animales causan la muerte de otros: el suave silbido que amansa a los caballos, excita a los cachorros; la medicina que a unos alivia la enfermedad, a otros se la agrava; y el pan que robustece la vida de los fuertes, estropea la de los recién nacidos. Por consiguiente, la palabra de un maestro debe adaptarse a la condición de los oyentes, de modo que a cada uno le venga bien; y, sin embargo, no deje de ejercer el arte de la edificación de la comunidad. Pues ¿qué son las almas atentas de los oyentes, sino —por así decir— unas cuerdas de arpa, tensadas de distinta manera, que el artista toca de modo diferente para que no produzcan sonidos disonantes? Las cuerdas emiten una melodía armoniosa porque son tocadas con una misma púa, pero no con un mismo tipo de pulsación. Por tanto, cualquier maestro, a fin de edificar a todos en una misma virtud de caridad, debe tocar los corazones de sus oyentes con la misma doctrina, pero no con la misma y única exhortación*”²⁶.

Así, como la palabra del maestro debe adaptarse a los oídos del fiel, así también, las acciones del misionero deben adaptarse a las rudas almas de los futuros fieles. La prudencia, la medida, y la caridad emergen como los principios en los cuales se funda una correcta acción misional: “*pues*

²⁵*Ibidem*, I, 32.

²⁶San Gregorio Magno, *Regla Pastoral*, trad. A. Holgado y J. Rico, Madrid, 1993.

(la caridad) debe ser tenida en mente... que la corrección debe ser tan mesurada que la mente no exceda en nada la regla de la razón (ita ut mens extra rationis regulam immo nihil faciat)²⁷, "Porque en el presente: la Santa Iglesia con fervor corrige algunas cosas, otras por mansedumbre las tolera, y algunas otras, por consideración las disimula"²⁸. Son estos consejos válidos en las más diversas condiciones de vida que se puedan presentar a una naciente comunidad cristiana: el matrimonio, el parentesco, los robos de objetos litúrgicos en las iglesias, las faltas graves de hombres acostumbrados a vivir bajo prácticas y moral distintas de la que exige una vida cristiana: en todo ello se impondrá la misma *medida gregoriana* sugerida a San Agustín de Canterbury.

En la misión a los anglosajones, que si bien fue llevada a cabo por Agustín de Canterbury, fue, como hemos visto, concebida y encaminada por San Gregorio Magno, están contenidas diversas fuerzas históricas que serán claves en la constitución del Occidente Medieval, puesto que ellas están en la base de su arquitectura espiritual. En primer lugar, se inaugura una tradición pontificia cual va a ser el envío de misiones por y desde Roma; en este sentido, esta labor será vital para la consolidación de una *Christianitas* que avanzando más allá de la Romanía cristiana, incorpore a su unidad, la diversidad de nuevos pueblos —como ingleses, sajones, normandos y otros—, los que a su vez colaborarán de modo relevante en la construcción de Occidente. El caso de la conversión del mundo inglés será un buen ejemplo de ello, porque lo veremos a la vuelta de un siglo aportando con solidez espiritual las misiones que se volcarán a reevangelizar el continente, como afirma Dawson,

En segundo término, esta misión conjuga dos fuerzas históricas que San Gregorio tuvo la virtud de percibir como fundamentales para la consolidación del nuevo orden de la Iglesia medieval: es una misión monástica y episcopal, es decir, reúne en sí el nuevo vigor del *ordo* monástico benedictino, que por primera vez en la historia es llamado a protagonizar una empresa fuera de los límites que su fundador le había delineado; y la antigua tradición jerárquica romana encarnada en el orden episcopal, jerarquía que aseguraba que las múltiples fuerzas liberadas en la novedad de este naciente mundo histórico inglés, se mantendrían al interior del orden eclesiástico romano.

Por último, como ya hemos señalado, se inaugura con ella una doctrina y práctica misional que, fundada en la *mesura* y la *caritas*, tendrá una proyección valiosa, en tanto, distintos Papas, como Gregorio II, e importantes hombres de Iglesia, como San Bonifacio, él mismo un misionero, y Alcuino de York, la sostengan en su respectivo tiempo.

La *mesura* clásica y la *caritas* cristiana, dos virtudes que se reúnen en un espíritu de síntesis histórica como fue San Gregorio Magno, síntesis que por lo demás también está, recordando las

²⁷Beda. *H.E.*, I, 27.

²⁸*Idem.*

palabras de don Héctor Herrera Cajas, en el *ordo benedictino*. Observando la magnitud de la obra pontificia de Gregorio, es difícil no pensar en qué medida fue su comunión con el mundo benedictino la que permitió en él esta síntesis que de modo tan notable y sobresaliente proyectó en su obra misional.

Nota Bibliográfica

La más importante fuente para el estudio de la misión anglosajona es la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* del Venerable Beda; hemos utilizado la edición bilingüe inglés-latín *Badae Opera Historica*, Loeb Classical Library (trans. by J.E.King), W. Heinemann, London, and Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1962. Para la vida y obra de San Gregorio Magno hemos utilizado también el relato de Beda así como las biografías de Paulo Diácono. *Vita Gregorii*, y Juan Diácono, *Vita Gregorii*, ambos textos en su versión latina se encuentran en Migne. *Patrologia Latina*, tomos LXXV; hemos utilizado la versión castellana de algunos pasajes contenidos en la traducción de A. Holgado y J. Rico Pavés de la *Regula Pastoralis* (Gregorio Magno, *Regla Pastoral*, Editorial Ciudad Nueva, Madrid, 1993).

Dentro del material bibliográfico, las distintas Historias de la Iglesia aportan datos importantes sobre la vida de Gregorio y la misión anglosajona; hemos consultado especialmente Fliche-Martin, *Historia de la Iglesia*, vol V; Bréhier, L. y Aigrain, R., *El Nacimiento de Europa*, Edicep, Valencia, 1977; Knowles, D., *Nueva Historia de la Iglesia*, editorial Cristiandad, Madrid, 1977, tomo II, pp. 25-60; Lortz, J., *Historia de la Iglesia*, editorial Cristiandad, Madrid, 1982, pp. 232-282; Llorca, B. et al., *Historia de la Iglesia Católica*, B.A.C., Madrid, 1964, pp. 600-665; Rops, D., *L'Eglise des temps barbares*, Librairie Arthème Fayard, Paris, 1960. Para el surgimiento de la Inglaterra medieval, su conversión y primeros reinos vid. Blair, P.H., *An Introduction to Anglo-saxon England*, Cambridge at the University Press, 1962; Neill, A *History of Christian Missions. The Pelican History of Church*, Penguin Books, 1954; Whitelock, D., *The beginning of English Society*, Penguin Books, England, 1952; y la clásica obra de Stenton, F., *Anglosaxon England*, Oxford Clarendon Press, reprinted in 1950 (Oxford, 1943). Otras obras referidas a la Iglesia y la Cultura en la Edad Media, resultan de gran valor a la hora de la interpretación y el análisis de la misión anglosajona; en este sentido son importantes las obras de Décarreaux, J., *Les Moines et la Civilisation en Occident*, Arthaud, Paris, 1962; H.I. Marrou, *Historia de La Educación en la Antigüedad*, Ed. Eudeba, Buenos Aires, 1955; Riché, P., *Éducation et Culture dans l'Occident Barbare, VI-VIII siècle*, Aux éditions du Seuil, Paris, 2^o édition, 1962, aporta importantes ideas respecto a la educación monástica en tiempos de Gregorio; Dawson, Ch., *La religión y el origen de la cultura occidental*, trad. M.E.Vela, editorial Sudamericana, 1953; Ozanam, A.F., *Los orígenes de la civilización cristiana*, Editorial Agnus, México (trad. P.C de Valera), 1946; Schürer, G., *L'Eglise et la civilisation au Moyen Age*, Payot, Paris, 1933; Ohm, Th., *Faites disciples de toutes les nations. Théorie de la Mission* (éditions Saint Paul, Paris-Fribourg, traduit par G. Varin et A. Décamps, 1960), importante estudio para comprender el sentido universal de la misión en la Iglesia; y por último, Brown, P., *La formazione dell'Europa cristiana*.

Paola Cori Badia

Universalismo e diversità, Editori Laterza, Roma, 1995 (Oxford, 1995), con un valioso capitolo sobre el pontificado de Gregorio Magno y la incidencia de la *Regula Pastoralis* en el Occidente Medieval.